Precio de suscripción

Murcia: Un mes. . . . 1 peseta.
Resto de España, un trimestre. . . . 3'50 id.

Precio de la venta
5 cénts. ejemplar y 25. 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:
SAURIN, 4.—MURCIA.

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Publicidad

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES A PRECIOS SEGUN TARIFA.

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS DEBEN DIRIGIRSE AL DIRECTOR GERENTE

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Año I | MURCIA.-Miércoles 12 de Diciembre de 1906 | Núm. 89

POLÍTICA LOCAL

EXPLICACION

—Que EL DEMÓCRATA «aprieta demasiado».

—Que «no debe remover tarquines antiguos».

—Que «se mete con todo el mundo».

—Que «vamos á dar lugar á sérios disgustos».

—Que «con nuestra conducta cortamos para siempre toda corriente de conciliación».

—Que «¿dónde vamos á ir á parar?»

Todas esas frases y otras por el estilo, llegan á nuestros oidos.

Y merecen ser escuchadas, aunque no atendidas.

Esas frases las pronuncian gentes muy buenas, muy serias, muy partidarias del sosiego y la quietud.

Gentes que hasta nos quieren y si llega el caso, lamentan que no hayamos vencido ya, por completo, en la lucha política empeñada.

Pero esas gentes á quienes nosotros respetamos y queremos, no reparan en que se hace necesario desaparezca el letal convencionalismo en que vivimos, no reparan en que con su pasividad y nuestra prudencia, favorecemos el enseñoreamiento de quienes ninguna clase de méritos personales tienen, para figurar en puestos cuya representación han obtenido sin la voluntad firme de los representados.

Contra ese estado de cosas, contra la monopolización familiar, contra la barateria politica, estamos dispuestos á luchar. ¿Cómo? Como nuestra conciencia nos dicte; en todas formas; desnudando á todo aquel que lleve ropa impropia; juzgando severamente á los que del juicio público quieren vivir; protestando de las rehabilitaciones personales á costa de intereses agenos; oponiéndonos con todas nuestras fuerzas á que impere la osadía de quien, debiendo desear permanecer en oscuro rincón acompañado de tristes remembranzas del pasado, se empeña en que todos perdamos la memoria y convirtamos nuestros sentimientos de cristiana piedad, en entusiastas admiraciones de adulador repugnante.

No peleamos nosotros contra un partido político, ni siquiera contra una agrupación respetable.—Adversarios somos de los conservadores y muy opuestos á sus ideas. Pero tienen nuestro respeto. Honradamente mantienen sus convicciones y honradamente pueden ó podemos vivir en el error.

Separados estamos de la agrupación que regentea el Sr. Jimenez Baeza, pero lealmente reconocemos los méritos y honradeces de la mayoria de elementos que la forman, muchos de los cuales poseen aptitudes múltiples inmensamente superiores á los que capitanean el grupo.

Lo que no podemos por ménos de combatir y enérgicamente censurar, es esa trijefatura nefasta que, por el solo hecho de ser nuera de venerable y respetado anciano, desaparecido ya del mundo, quiere ocupar unas posiciones para las cuales debe tenerse superior talento, ilustración imponente y limpia historia.

Y aún suponiendo la enormidad de que alguna ó todas esas cualidades radicara en alguno ó todos los individuos que componen la aludida trijefatura, deberíamos combatirla todos los murcianos por inmoral, por fea, por acaparadora, por egoista, por humillante, por insultante.

Nosotros, así lo haremos.

Entremeses

El protector de las *letras* murcianas y concejal Sr. Blaya, está tonto de contento. (No siempre se ha de decir loco).

Por el triunfo de su jerarca, obteniendo la reposición del Moreno.

Pero no crean ustedes que tiene interés personal en favor de éste, nó.

Su *interés* se reduce á *prestar* favores á quienes los necesiten.

Aspiración *unánime* del susodicho concejal y protector... etc.

—

Esta mañana hemos recibido un anónimo, suscripto en los siguientes términos:

«Señores del demócrata: Boy estando arto de que me carandeen tanto hi qomo me se suva la sangre á la caveza, boy amandar que les den á ustés una paliza en cuanto los cogan solos á desoras de la noche. Ustés no saven kien soy llo, pero tengo jente dizpuesta á ir á presidio por mí y por mi familia.»

¡Uy... que miedo!

—

¿A qué pintar á ustedes nuestra intranquilidad, después de leer el transcripto anónimo?

Desconocedores de quien pueda ser su autor, réstanos como único camino encomendarnos á la divina providencia.

Ella, que se encarga de velar por los inocentes, cuidará de salvarnos del gravisimo peligro que nos amenaza.

Ella, nos defenderá de injustas asechanzas.

Ella, velará por la integridad de nuestras cariacontecidas personas.

Ella, nos servirá de sacrosanto albergue donde podamos ocultar nuestro impecable físico.

Ella...

—

Porque... lo que es peligro..., peligro si corremos.

A pesar del adagio que garantiza la cobardía de los anónimos.

Y si no lo creen ustedes..., al tiempo.

Ya verán como no parece el autor del anónimo.

Pero, no faltará algún enviado, más ó menos plenipotenciario, que se presente con credencial para ocupar su puesto.

Y se equivoca.

—

Decimos que se equivoca, por ser firme nuestro propósito de no entendernos con administradores.

Sino con la cabeza de la... ortografia epistolar.

Única merecedora de los malos ratos que nos hemos llevado estudiando idiomas y *esgrimiendo* cinceles.

Los primeros, para decirle verdades como templos.

Los segundos, para erigirle templos como verdades.

—

Lo malo, lo terrorífico, lo *despampanante* para EL DEMÓCRATA, es la eventualidad de un ataque *sociológico*.

Vàmos, comunal.

Y por habituados al garrote.

Pero, de este peligro nos liberará el actual moreno inspector de policía.

Que al honradísimo ejercicio de sus funciones policiacas, une la espontánea simpatía y el entrañable cariño que tiene á los habitantes de esta su casa.

¡Uy... que miedo!

PLUMAZOS

RAZÓN DE SER DEL SUICIDIO

Un derecho que aún no está reconocido es el de matarse cuando á uno le venga en ganas. Es de suponer que en lo futuro lo inscriba algún partido en el programa de sus reivindicaciones, y que se apareje con el amor libre la libertad del suicidio. Hasta se le buscarán á éste visos estéticos, porque, realmente, nada más antiartístico que un hombre con el cráneo hecho papilla ó retorciéndose de modo grosero merced á un tósigo cualquiera. La única objeción formal que hoy por hoy pueden hacer al suicidio es su carencia de poesía. Lo demás suele tenernos sin cuidado. El progreso le robó toda su hermosura y la costumbre todo el interés. Un muerto no interesa á nadie como no haya sabido avivar nuestra atención con alguna atrocidad propiamente humana. Somos egoistas, virtud que nos honra mucho; pero nosotros, que hemos sabido extinguir la compasión de nuestra alma y con la compasión el ocioso apego al prójimo, no logramos desprendernos de la curiosidad. Por ella nos cuidamos de las desdichas ajenas, y cuando son interesantes nos servimos hablar de ellas un poco.

Así lo comprendió ese avisado flamenco que acaba de librarse de la existencia con auxilio de un cartucho de dinamita. La inteligente barbarie del hecho obligará á los señores que tienen la compasión almacenada en el tintero á insultarle en nombre de la Humanidad. Tal vez hagan bien. La dinamita sólo está humanamente empleada en las guerras. El revólver y la cuerda bastan á satisfacer todas las necesidades de la desesperación. Un individuo que despierta la curiosidad, produciéndanos alteraciones de nervios, es indigno de simpatía. Sin embargo, aunque sea mal, hablamos de él. Esto constituye un triunfo del que debe estar regocijado el suicida, si es que en la otra vida caben regocijos. Hacer que se hable pésimamente de uno á la hora de la muerte, es gloria que no cabe á todos.

Yo no habré de insultarle. Creo que cada cual tiene perfectísimo derecho á hacer lo que le plazca, siempre que sea á costa de su pellejo. El que yo no me mate no es razón para que me parezca absurdo que se maten otros. Cada amargura tiene su lógica especial, que suele ser muy aceptable. Si el que rabió por acá abajo ha de seguir rabiando luego, con su pan se lo coma. Lo único que me parece puedo exigir á los suicidas es que si se arrojan por un balcón ó si se dan un tiro lo hagan de modo que no pague yo sus desdichas. No tengo opción á más. Las desdichas humanas no son obra nuestra; obedecen á causas inevitables, que no remediarán los hombres por muchas lindas tonteras que ideen para convencernos de que la eterna sumisión es patrimonio de todas las bestias de carga.

AUGUSTO DE VIVERO.

DE MADRID

(De nuestro redactor-corresponsal)

Iris de paz

Los dos dias festivos anteriores, han sido de intranquilidad constante para la vida política; en todas partes no se decia otra cosa que la crisis era inevitable; que el gobierno estaba en perfecto desacuerdo; que la mayoria no lo estaba menos, y que cada uno de los asuntos pendientes representaba una dificultad insuperable.

Deciase que Canalejas intervendria en el debate de ayer tarde, en el Congreso, marcando el radicalismo de su orientación, su intransigencia sobre el proyecto de Asociaciones y la promesa de que un punto de vacilación, de duda, en este camino, seria la señal de que no continuaba en este alto puesto.

Deciase que Moret mantendria sus puntos de vista, y que, levantando la bandera disidente, ofreceriase el espectáculo, ya comenzado, de una descomposición de las huestes liberales que habrianle de incapacitarle para toda función de gobierno.

Deciase que la cuestión de las capitanias generales estaba sobre el tapete, y que el ministro de la Guerra, con tanta inoportunidad como interés, mostraba su empeño en dar á Polavieja el tercer entorchado.

Deciase que la supresión de consumos era un espejuelo para cazar alondras, y que los intereses de algunos arrendatarios de poderosa influencia, habian logrado prevalecer con perjuicio de las justas aspiraciones del pais.

Deciase que el servicio obligatorio lo repugnaban miembros significados de la situación, y que la alta cámara le tenia declarada guerra despiadada.

Deciase que lo de Marruecos era un nuevo desastre que nos amenazaba, y que nuestra aventura, unidos á Francia, habia de traernos tristezas y añoranzas que hicieron inborrables recuerdos perpetuados por plumas inmortales.

Deciase, en fin, que los altos poderes hallabanse resueltos á concluir de politica, y que los conservadores eran gobierno dentro de muy pocas horas.

Pero pasa el tiempo, llega el lunes, y en el Senado hace un discurso lleno de sinceridad, de hombria de bien, de verdadero patriótismo y de saber, el ministro de Estado, y confirma que su puesto lo tiene con méritos positivos. Prueba que sabemos donde nos encaminamos, y que las deficiencias de nuestro libro rojo no son, ni más ni menos, que la nuestra clara de que procedemos como aconsejan las circunstancias. Corre la noticia de que Ben-Mauner ha sido reintegrado en el cargo de califa del Raisuli, y ya se aprecia que está justificada nuestra actitud.

Comienza el debate en la Cámara popular sobre la manoseada ley de Asociaciones y durante él se sabe que han conferenciado los presidentes del Consejo y de la Cámara y el Sr. Moret, y sábese que han llegado á un acuerdo, y sábese más, sábese que, conservando cada personaje sus puntos de vista, pero acercándose hasta unirse en lo que es común, prestan su concurso leal, no al gobierno, no al partido, sino á la Nación española.

Coméntase más tarde la excelencia del trabajo del Sr. Riu en la ponencia que se le encargó sobre la supresión de los consumos, y aplaudese calurosamente el talento del autor.

Llega á continuación la noticia de que el concierto con las provincias vascongadas es un hecho, con satisfacción de todos, y el regocijo se desborda.

Declara el ministro de la Gobernación que la ley de amnistia se discutirá, que discutirase del mismo modo el servicio obligatorio y que las Córtes no se cerrarán, y que las Capitanias generales no serán provistas y que el parlamento continuará abierto después de las vacaciones de Nochebuena; y los conservadores se muestran tristes, la opinión liberal satisfecha y el cronista exclama: ¡Iris de paz!

D. V.

11 Diciembre 1906.

Derecho al pataleo

Los periódicos clericales andan alborozados con los sucesos de Pamplona. Para ellos no hay más que su rey Carlos Chapa y enseñan la oreja de lo lindo. La famosísima cuestión de la ley de Asociaciones, favoreciendo sus deseos de manifestar ostensiblemente sus simpatías al Señor, les sirve de machito para darse el gustazo de vitorear cosa tan ridicula como el carlismo. No olvidan que los vivas, cuando sólo son palabras, resultan poco expuestos y se desgañitan gritando, á pesar de lo cual, por seguridad, por dulzura evangélica, se proveen de un verdadero arsenal de armas. Los adictos á la causa de D. Carlos no pueden olvidar, ni olvidan un momento, que en sus huestes, para ofrecer al mundo una prueba de la bondad del carlismo, existió un Cura de Santa Cruz, un Rosas Samaniego. Pero, en cambio, los navarros, los que estuvieron deshonrados todo el tiempo que los feroces asesinos permanecieron en su territorio, se olvidan del baldón que cayó sobre ellos por los salvajes crimenes de los insurrectos. Unos y otros piensan lo que más conviene á sus intereses é ignorancia, y sostienen lo causa del papá de Doña Elvira, famosísimo por los devaneos amatorios de sus despreocupadas hijas.

La manifestación carlista no ha sido de protesta contra la famosa ley; es de simpatias (!) á Vazquez Mella, Nocedal, Llorens y demás fósiles del tradicionalismo. Se quiso mostrar la fuerza, que posee el carlismo en España y escogieron el territorio que más se prestó siempre á sus criminales manejos. Lo que pasó entónces es de presumir. Como no se corria ningún peligro, ya que los radicales, por innecesidad de ello, se abstuvieron de *protestar*, y el gobernador adoptó las medias propias del caso, la muchedumbre se despachó á su gusto, hartándose de dar vivas á la religión, á la máquina parlante Vazquez Mella y al payaso Nocedal, los cuales, en un rapto de entusiasmo bélico, se habían puesto al frente de la manifestación, sabiendo que los *otros*, los radicales, no intentarían «convencerlos.» Jalear este alarde de fuerzas, era lo que tenía que hacer la prensa carlista y es lo que hace. El valor espartano de sus jefes, resulta cosa desconocida en su campo, donde se admiran de la temeridad de los eximios prohombres. El asombro, la estupefacción, la sorpresa por la temeraria empresa de los rivales de Leónidas les acompaña por las columnas periodisticas y vemos que, con sonrojo de la verdad, se les hace aparecer cual héroes, como salvadores de no se sabe qué cosa.

La arrojada empresa de la manifestación en Pamplona no puede admirar á nadie. Reunirse unos cuantos miles de palétos que ni aún saben leer, y cuyos conocimientos se reducen á conocer cual es la mejor época para la siembra, es larea facil. La protesta, entonces, resulta ridícula, porque ¿de qué protestan? Cuando alguien está disconforme con algo, tiene que saber la razón, y aquí, excepto unas docenas de personas que la sabían, las demás ni comprenden qué puede significar la Ley de Asociaciones. Además, que cuando se poséen intereses ó hay amigos que los tienen en un distrito, hacer protestar á los colonos no cuesta tanto trabajo. Todo es cuestión de una amenaza de despido. En Pamplona, ni más ni menos, habrá ocurrido otro tanto. Y después, con los curiosos que á todo movimiento de protesta se unen, lo que al principio sería un grupo de 1.000 ó 2.000 manifestantes, se triplicó quizás, haciendo ulular de júbilo á los farsantes que hoy hablan de protestas de regiones enteras. La fantasía tartarinesca, que es genuinamente española, después hizo lo demás, lo que ahora sobrecoge de admiración á los reaccionarios.

El problema no se resuelve ni se agrava con entusiasmos reglamentados. En Barcelona se han visto manifestaciones de 70.000 personas y no temblaron las esferas ni el pavor conmovió al reino. Una manifestación es... una manifestación y los carlistas son... carlistas. La creencia de que esas cosas pueden favorecer la causa es un puro despropósito, que sólo puede tener cabida en el cerebro petrificado de un Vazquez Mella ó de un Nocedal, que deben cuanto son el fanatismo de los habitantes del norte. El derecho al pataleo es un derecho respetable y los carlistas hacen bien en ejercitarlo.

TEATRO ROMEA

Con buenas entradas se representaron en Romea las obras anunciadas.

A causa de haber dejado de pertenecer á la compañia la señorita Sanchez Bell, la sustituyó en «La mala sombra», haciendo el papel de «Leonor», la Srta. Alapont, artista modesta que vale mucho y promete más.

Trabajó con muy buenos deseos, saliendo airosa de su cometido.

En «La gatita blanca» se estrenaron dos hermosas decoraciones de Sanz, que les valieron muchos aplausos y el ser llamado á escena.

La interpretación de esta obra fué muy esmerada, vistiéndola los artistas con bastante propiedad.

Anoche la empresa de nuestro gran